

tara á la Iglesia la estrecha relación que las unía, que desconociera lo que demandaba de sus ministros el espíritu de la religión, y que no aprovechara este medio tan obvio, tan natural y edificante de presentar á los fieles una muestra viva, universal y duradera, para que á su imitación pudieran ellos arreglar y modelar su conducta? ¿No hubiera sido bien extraño, bien irregular, y de consiguiente poco duradero el que se hubieran visto entre el común de los fieles, numerosos ejemplos de continencia edificante, mientras que se hubieran entregado á las ilusiones del placer los sacerdotes, ellos que estaban encargados de ofrecer á Dios las oraciones y virtudes de sus hermanos, de dirigirlos por el camino de la perfección, y de preservarlos de los amaños y asechanzas de la antigua serpiente? Con un corazón plagado de afecciones voluptuosas, con una fantasía sembrada de imágenes seductoras, y dispada por recuerdos livianos, ¿cómo hubieran comprendido el lenguaje puro y celestial de una virgen cristiana? ¿Cómo hubieran podido elevarse á la necesaria altura para dirigirla con saludables consejos, para confortar su corazón inocente combatido por recios embates, afligido con amargas tribulaciones y angustias? Y si miramos al sacerdote como depositario de los secretos más sagrados del corazón; cuando se hubiera postrado á sus pies un cristiano humillado que acababa de mancillar su inocencia con un desliz de la debilidad humana; cuando se hubiera dispuesto para comunicar al sacerdote aquel secreto que le era más caro que su misma vida, ¿cuál se hubiera angustiado su pecho, cuál se hubieran anudado en la garganta sus palabras al pensar en la curiosidad y ligereza de la mujer, dueña de aquel corazón que iba á recibir el depósito de tan delicada confianza!

Subirá de punto la importancia de las ventajas que consigo lleva el celibato del clero católico, si se considera que el ministro de la religión debe ser todo para todos, y que uno de los mayores embarazos para cumplir este destino hubieran sido ciertamente los lazos del matrimonio.

Sojuzgado el corazón del esposo por las gracias de su amable compañera, embelesado con las caricias de los hijos de su corazón, lleno de ilusión y esperanzas por sus disposiciones precoces, y de temores y recelos por su suerte venidera, siente que se despiertan en su pecho una muchedumbre de afectos tan tiernos y solícitos, como fuertes é irresistibles; pero todos aislados, concentrados en la esfera de su familia, todos convergentes, por decirlo así, en la dirección del bienestar y felicidad de su esposa y de sus hijos. Sus necesidades se aumentan, sus afanes se multiplican, cobra á los intereses materiales un apego increíble; y mientras absorben su atención las ocurrencias de lo presente, atormentan á la vez su ánimo con inquietudes y zozobras los azares del porvenir. Nada más á propósito para corroborar estas aseeraciones que las siguientes notables palabras del doctor King, ministro de la reforma protestante: «No fué poca desgracia (dice) para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido á nuestro clero de contraer matrimonio cuando la reforma no se separó del papismo, porque ha sucedido precisamente lo que debía necesariamente suceder, y lo que se debería haber previsto. *Desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado más que en sus mujeres y en sus hijos.*» Estas palabras no necesitan comentarios; y ellas dicen de un modo elocuente la elevada prudencia del catolicismo en vedar el matrimonio al clero, cuyos bienes deben destinarse particularmente á saciar el hambre del pobre, á cubrir la desnudez del mendigo, al socorro de la estrechez de la viuda, y al amparo de la orfandad desvalida: ellas dicen si hubiera sido prudente el embarazar al clero con las atenciones siempre crecientes de la esposa y de los hijos, para que á este solo recuerdo se helara su corazón y se cerrara su mano.

Que si miramos el celibato del clero en cuanto le deja con aquella independencia, con aquella fortaleza de ánimo, con aquel temple elevado, vigoroso y enérgico que requieren las grandes acciones y las empresas arriesgadas,

encontraremos mucho más que admirar en los profundos designios de la Iglesia católica. Una vez enlazado el hombre con los vínculos conyugales, mira la conservación de su existencia como una condición indispensable para la felicidad de su familia; y aun cuando quepan en su pecho sentimientos nobles y elevados, aun cuando palpite de entusiasmo su corazón á la vista de una empresa arriesgada, generosa y heroica, al pensar en el desconsuelo de su esposa, en la orfandad de sus hijos, siente relajarse aquel esfuerzo varonil que se desplegara en su pecho en un momento de arrebató, y tiembla pavoroso á la vista de los azares y peligros. Y he aquí por qué entre los católicos, y solo entre los católicos de ambos sexos que profesan la vida continente, se ha visto esa no interrumpida serie de personas dedicadas al consuelo y alivio de la humanidad doliente en los hospitales, en esos admirables establecimientos hijos exclusivos de la caridad cristiana, en esas moradas de dolor en que quedan sepultadas en el olvido tantas acciones heroicas, porque la muerte viene á cerrar los labios del agradecimiento, y el mundo no se digna siquiera dirigir su altanera vista hacia aquellas mansiones de dolor, de miserias y lamentos. He aquí por qué sólo entre los católicos se han visto verdaderas misiones dignas de este nombre; sólo entre los católicos se han visto aquellos ejemplos de inalterable fortaleza, de heroico valor y generoso desprendimiento, en que hombres criados entre las comodidades y suavidad de costumbres de las naciones civilizadas, se despiden para siempre de su patria, de sus amigos y familia para atravesar la inmensidad de los mares, y sepultarse en seguida entre los laberintos de desiertos inmensos, en busca de un hombre á quien no conocen, y que en el exceso de su degradación y barbarie, pagará con una muerte cruel y horrorosa el celo caritativo que le llevaba el bienestar sobre la tierra y la eterna felicidad después de la muerte.

Figuraos ahora á un misionero protestante embarazado con el vínculo conyugal; al abordar una playa lejana y des-

conocida, teniendo á la vista la inmensidad de un desierto, sin divisar en ninguna parte la más leve seña de la mano del hombre, rodeado de las colosales producciones de la naturaleza, que en medio de una soledad sublime y de un silencio imponente, despliega á sus ojos una majestad aterradora; si al trepar por fragosos barrancos y entrecortadas malezas, oye el destemplado aullido de la horda salvaje, ¿creéis acaso que tendrá valor para dirigirse á su encuentro, cuando en aquel instante no podrá menos de asaltarle el angustioso recuerdo de las lágrimas de su esposa, del llanto de sus hijos, que tal vez en aquel mismo momento lloran en torno de la desolada madre la ausencia de un padre á quien no volverán á ver, y de un padre que va en busca de una muerte obscura, sin testigo siquiera, sin consuelo ni gloria? No extrañemos pues la incomparable distancia de los resultados de las misiones protestantes al fruto de las misiones católicas; pues que á más de la esterilidad que será siempre el patrimonio de las iglesias separadas del fecundo seno de la Iglesia, tienen los misioneros protestantes la gran desventaja de presentarse en las misiones rodeados de sus esposas y de sus hijos, ocupados antes de empezar sus tareas en proporcionar cómoda vivienda á su familia; y con tamaños antecedentes, bien se les ha de alcanzar á los infieles, que aquellos hombres tienen también sus aficiones y sus apegos terrenos; y á buen seguro que tampoco encontrarán entre ellos ningún émulo del gran Javier, ni celosos imitadores de los mártires del Japón.

Allégase á cuanto se ha dicho en pro de las ventajas del celibato del clero, que no sólo las empresas arriesgadas y heroicas se avienen muy mal con el estado del matrimonio, sino también todo linaje de tareas muy asiduas y de trabajos muy penosos, al paso que se hermanan admirablemente con el estado del celibato eclesiástico. Basta haber reflexionado muy ligeramente sobre el renacimiento y progresos de las letras, para conocer los inestimables beneficios de que la sociedad le es deudora. Sin él no hubie-

ra tenido la Europa en medio de la confusión de los siglos bárbaros aquellas reuniones de hombres que en el silencio de sus claustros se ocupaban infatigables en conservar, copiar, ordenar el precioso depósito de los manuscritos antiguos, amontonando un inmenso caudal de materiales científicos que pudieran aprovecharse en tiempos más felices para derramar una ráfaga de luz sobre las tinieblas que envolvían la Europa. Sin él no se hubieran visto aquellos portentos de laboriosidad, aquellas bibliotecas vivas de costosa erudición que se admiraron en Europa al renacimiento de las letras, y cuya mayor parte pertenecían al estado eclesiástico.

Aun hay más: cuando al decaer rápidamente la grandeza del imperio romano, caducaban también á igual paso todo linaje de conocimientos, ¿quién sostuvo el brillo de las letras y la dignidad del saber, sino aquellos grandes hombres llamados por nosotros los Padres de la Iglesia? ¿Y no eran ellos los que mientras llenaban el mundo con la fama de su sabiduría, le edificaban con sus virtudes eminentes y con la estricta observancia de una continencia severa?

Y adelantando un paso más en aquella época: ya estaba completamente derribado el imperio romano, y los bárbaros del Norte hollaban con su robusta planta la enervada cerviz de los señores del mundo; ya flotaba sobre las ruinas de los antiguos palacios una tienda salvaje cubierta de polvo y salpicada de sangre; ya estaban sepultados entre montones de escombros y cenizas los monumentos del antiguo saber, y en medio de tanta confusión y tinieblas, inevitable resultado de tan espantoso trastorno, cuando tan difícil debía de ser el procurarse cualquiera clase de conocimientos, aun vemos con admiración cuál resplandecían por su vasto saber un número considerable de eclesiásticos ilustres, que sacando de la austeridad de sus costumbres una infatigable laboriosidad y un elevado temple de alma, habían sabido crearse una posición tan alta como difícil y aislada, conservándose en pie como robus-

tas columnas de un edificio derribado, como luminosas antorchas que brillasen entre las densas tinieblas de un espacio inmenso.

V.

Pero basta ya de esa clase de reflexiones, es necesario acercarse al fin del escrito; que la sobrada extensión que va tomando recuerda de continuo la estrechez de los lindes prefijados en el programa. Bajemos ahora á un terreno más llano y más al gusto de nuestro siglo: no huyamos de una arena en que rato há que nos estarán aguardando nuestros adversarios, esperanzados quizá de abrirnos herida de muerte. Bien se les alcanzará á los lectores que vamos á ventilar el punto en sus relaciones con el aumento de la población, y tal vez esperen ya con impaciencia el ver cómo se sincera el celibato del clero de los terribles cargos que se le han hecho en tan delicada materia. Por más que sea bien conocido el saludable influjo que ejerce sobre el aumento de la población la moralidad del pueblo, y por más que se desprenda de cuanto se lleva dicho la poderosa influencia que sobre esta moralidad debe tener el celibato del clero; prescindiremos sin embargo de estas consideraciones, no sea que se diga que huimos el cuerpo de la lucha que nos espera en un terreno material y positivo. El celibato del clero (dicen nuestros adversarios) es altamente nocivo al bien de la sociedad, porque, disminuyendo el número de los matrimonios, es por su naturaleza contrario al aumento de la población. He aquí su Aquiles; veamos sin embargo si tendrá tal vez algo de flaco y vulnerable. Por de pronto salta á los ojos que la objeción estriba en el supuesto de que el aumento de la población es proporcional al número de matrimonios; pero este supuesto es falso, y juzgado como tal por los más adelantados conocimientos de la ciencia económica; luego carece de solidez cuanto se edifica sobre semejante cimiento. Por más que no sea ahora posible el desenvolver la materia

con aquella extensión que demandan su gravedad é importancia, será no obstante preciso el dar por lo menos una ojeada á sus principales puntos de vista, ya que serán bastantes pocas palabras para que allí reciban mayor descalabro los enemigos del celibato del clero, donde se habían prometido más cumplido triunfo.

Como para aumentarse la población no basta el que sea mayor el número de nacidos, sino que es necesario que lleguen éstos á sazón completa, y esto no puede verificarse en careciendo de los medios de proveer á sus necesidades, resulta de aquí que, cuando el número de matrimonios, y por consiguiente el de los nacidos, no esté en proporción con los medios de subsistencia, fallecerá el excedente de la proporción; permanecerá la población estacionaria, y aun al cabo de cierto tiempo podrá retrogradar de un modo considerable, por las funestas consecuencias que debe de llevar consigo el supuesto desnivel entre los medios de subsistencia y los individuos que han de consumirlos. Es ya una verdad reconocida por los economistas que la población es siempre proporcional á los medios de subsistencia; y Destutt de Tracy afirma resueltamente que están de acuerdo sobre el particular todos los que han meditado y profundizado completamente esta materia. Es muy digno de observarse que al linaje humano lo mismo que á las demás especies que se multiplican por reproducción, no es nunca la falta de gérmenes lo que se opone á su aumento, sino la escasez de medios para conservarlos, nutrirlos y llevarlos hasta el último término de sazón y desarrollo. Infiriéndose de todo esto que para aumentar la población nunca deben dirigirse los esfuerzos á multiplicar los matrimonios, sino únicamente á que abunden los medios para proveer á las necesidades de los nacidos; pues en este caso es bien seguro que crecerá rápidamente la población hasta ponerse al nivel de los medios de subsistencia. No quiero omitir una reflexión que me ocurre con respecto á los que juzgan el aumento de la población proporcional al número de matrimonios, y es que me parecen compara-

bles al que tratase de evaluar los productos de varias posesiones agrícolas no atendiendo á la fertilidad y naturaleza de las tierras, ni á los medios del labrador para cultivarlas, sino únicamente al número de las fincas y á la extensión de su terreno. He aquí á qué se reducen en último punto tantas declamaciones; he aquí lo que valen examinadas á la luz de la razón ilustrada con el análisis de los hechos.

Para que se vea más y más la profunda sabiduría con que está concebida la ley del celibato del clero, y para desvanecer más completamente la tacha de anti-social con que se ha querido afearla, será bien, antes de terminar la materia, llamar la atención de los lectores sobre un punto de vista en que se presenta la cuestión bajo un aspecto tan hermoso como importante. Demos de barato que el celibato del clero pudiera mirarse como una fuerza reprimente del aumento de población, ¿será por esto una institución nociva á la sociedad? No seré yo quién me encargue de responder á la pregunta, ni será ninguno de cuantos por profesar este estado podríamos tal vez ser tachados de preocupación y parcialidad; será el protestante Malthus, será el filósofo Destutt de Tracy; dos economistas cuyas simpatías es bien seguro que no estaban á favor del celibato del clero.

Malthus, es decir, el escritor que ha tratado con más tino, profundidad y maestría el punto de la población, observa que, aun en el caso más favorable para su aumento, se halla éste con respecto á la multiplicación de los medios de subsistencia en razón de dos proporciones, la una geométrica, la otra aritmética; sentando en consecuencia que la población es siempre tan grande como puede ser, habida razón de los medios de subsistencia, y que su exceso es el origen de todas nuestras miserias. Destutt de Tracy coincide enteramente con el parecer de Malthus, y después de haber observado con el citado escritor que, aun considerada la población con respecto á la fuerza no aumenta la de los gobiernos que la favorecen, porque no pu-

diendo mantenerse más hombres que los que permite la cantidad de los medios de subsistencia, no se hace más con aumentar los nacidos que aumentar á proporción las muertes prematuras, y el número de niños con respecto al de los adultos, debilitándose de esta manera la población á proporción de su número, concluye con las siguientes palabras: «Así pues es una verdad demostrada que el interés del hombre, mírese como se quiera, consiste en disminuir los efectos de su fecundidad.»

Infiérese de aquí que existe una fuerte tendencia á elevarse la población sobre el nivel de los medios de subsistencia, y que sería una prenda de seguridad para los Estados y de felicidad para los pueblos, una institución que, hermanando la pureza de la moral con los intereses sociales, fuera una fuerza reprimente de aquella tendencia peligrosa, un preservativo contra aquel funesto desnivel que podría llevar consigo tan aciagos resultados. Ahora bien, todo cuanto haya de provechoso, de posible, de aplicable en esta idea, ¿no está realizado de un modo admirable en el celibato eclesiástico, y combinadas las miras religiosas y morales con los intereses sociales y políticos? Díganlo la buena fe, la imparcialidad y el buen sentido.

Reflexionando Malthus sobre la alta importancia de una restricción moral que neutralice suavemente el progreso de aquel peligroso aumento, y confesando la dificultad que hay en encontrarla, no se acuerda del celibato del clero, y apela al establecimiento de ciertas escuelas morales, en que se instruya al pueblo sobre este punto: si no ocurriera desde luego el desagradable pensamiento del lamentable influjo que ejercen sobre las ideas de los hombres más eminentes, y más tal vez sobre sus palabras y escritos, las miserables preocupaciones de secta, sería cosa risible por cierto el ver que á la pasión más violenta é indomable del hombre, y cuyo desarrollo se verifica cabalmente en la edad de la inexperiencia y desacuerdo, se le opone por un hombre como Malthus el endeble freno de ciertas escuelas morales.

VI.

Siempre que uno examina alguna de esas grandes instituciones levantadas por la religión cristiana con tan sabia construcción y sobre tan robustos cimientos, cuando las mira atravesar inmutables los trastornos y revoluciones de tantos siglos, sosteniendo de continuo los recios embates de cuantas pasiones se agitan en el corazón humano, se siente sobrecogido de un religioso estupor, y brotan á porfía en el ánimo las reflexiones más graves, al par de los sentimientos de una veneración profunda. ¿Quién no recuerda los encarnizados ataques de que ha sido objeto el celibato eclesiástico? Seguros sus adversarios de arrancar numerosos aplausos, supuesto que hablan en pro de las pasiones, manejando una materia que por su elevada esfera no presenta sus más hermosos puntos de vista á los ojos del común de los lectores, y que por la profunda sabiduría con que se halla concebida tiene sus delicadas relaciones fuera del alcance de una observación superficial y pasajera; ofreciáseles ancho campo para esgrimir sus armas favoritas: la declamación y el sofisma. Indignación causa y desprecio el oír de la boca de Rousseau que «para saber lo que debe pensarse con respecto á la ley del celibato eclesiástico, basta considerar que si ella se generalizase destruiría el linaje humano;» como quien dijera que es muy perjudicial la agricultura, porque si todos los hombres se dedicasen al cultivo de la tierra, al fin vendrían á perderse todas las otras profesiones. Cuando un escritor se atreve á estampar semejantes ratiocinios, es bien seguro que cuenta mucho con la estupidez ó condescendencia de sus lectores.

Pero; vanos esfuerzos! las verdades religiosas que se habían señoreado del mundo á pesar de los violentos esfuerzos y de la obstinada resistencia de las potestades de la tierra, no eran para destruídas aun cuando se levantara en contra de ellas el adversario más poderoso y temible:

el orgullo del saber. Al vivo y disolvente fuego del crisol de las ciencias, no resisten jamás las mal trabadas partes del error y de la mentira; pero, impotente ese fuego cuando se aplica sobre la verdad, sólo sirve para aumentar su brillo y hermosura, y para que se eche de ver más y más la solidez de su masa y la compacta trabazón de su estructura inalterable. Así es como se halla sobre el horizonte la religión católica, bella y radiante á pesar de la obstinada avilantez con que sus enemigos se han empeñado en ofuscarla; así es como fija aun las miradas en todos los observadores como un rayo de luz consoladora, como un astro de ventura anuncio de halagüeñas esperanzas. Circula, es verdad, circula por todas las sociedades civilizadas la duda, ese germen de muerte inoculado en sus venas por plumas engañosas y alevés; pero nótase al menos una tendencia al examen de las grandes cuestiones religiosas y sociales: nótase que la religión es de nuevo el objeto de profundos estudios, y que en torno de esa virgen bajada del cielo se apiñan presurosos un número considerable de observadores para admirar su amabilidad y hermosura, ya que no para tributarle el homenaje de la fe y los obsequios del corazón. ¿Y quién dijera que no sea esto un preludio de más venturoso porvenir para la religión, que, emanada del seno de las luces, inunda con la luz de sus rayos á cuantos se detienen á contemplarla? ¡Ah! abandonémos un momento á tan gratas esperanzas, que parece que embalsaman el corazón endulzando la amargura de tan acerbas desdichas. — *J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 15 de Julio de 1843.)

¿Y DESPUÉS?

I.

Los sucesos se precipitan, el desenlace se acerca; ¿el dedo misterioso habrá escrito en la pared las palabras fatídicas? Mientras los vencedores entonan ya el himno del triunfo, y los pueblos se entregan al entusiasmo y alborozo, necesario es dar una mirada al porvenir, preguntando, ¿y después? Porque después de haber derribado, es necesario construir; después de removidos los obstáculos, y limpiado el terreno, es indispensable levantar un edificio sólido, regular, acomodado á su objeto; y que de aquí á poco tiempo no se vea la nación en la triste necesidad de derribarle también. Que semejantes derribos salen muy caros, y una nación no puede subsistir en medio de tan crueles alternativas. La administración se disloca y trastorna lastimosamente, la hacienda se dilapida, la disciplina militar se relaja, el pueblo se acostumbra á la insurrección, la autoridad se envilece, las ambiciones se desplegan, y con el tiempo.... ¡Ah! las fronteras y las playas españolas han oído un doloroso adiós de tantos y tan diferentes proscritos!... En el curso de las revoluciones el observador filósofo descubre un fatal encadenamiento de su-